

Nadie es impuro o marginado a Jesús. Ninguna condición—física, mental, emocional, o espiritual— excluye a nadie de su toque. Sin embargo, aparentemente muchas personas que se consideran a sí mismos «buenos católicos» o «buenos cristianos» no han escuchado este mensaje ya que a diario vemos o escuchamos o leemos acerca de alguna acción que parece o suena como odio. En el Evangelio de hoy tanto el mensaje como el ejemplo de nuestro Señor muestran su preocupación compasiva por un hombre que tenía lepra y por lo tanto fue marcado impuro y desterrado. Jesús extendió su mano, y continúa extendiendo la mano para tocar a los intocables de este mundo.

¿Quiénes son los leprosos de nuestro tiempo? Son muchos: aquellos con SIDA, deformidades físicas, enfermedades mentales o discapacidades intelectuales; pedófilos, drogadictos, prostitutas; travestis, gayes, lesbianas, bisexuales, los transexuales; las personas sin hogar, los muy pobres, los inmigrantes, los refugiados; aquellos con una piel de un calor diferente, de una religión diferente; un muchacho que no es atlético, una muchacha que no es convencionalmente bonita . . . La lista es interminable. Hay personas que son marginados por su familia porque se casan con alguien de otra raza o religión. La familia y los amigos cercanos a veces no llaman o visitan a aquellos que tienen una enfermedad terminal o aquellos que están muriendo.

¿Qué diría Jesús a aquellos que condenan a los otros como impuros y los rehúyen? Sabemos lo que diría porque leemos en el Evangelio lo que dijo. Sabemos lo que le dijo a los hombres que atraparon a la mujer en adulterio: «Aquel de ustedes que no tenga pecado, que le arroje la primera piedra» (San Juan 8:7). Sabemos lo que le dijo a los escribas y fariseos que etiquetaron y rehuyeron a cualquiera que no estuviera de acuerdo con sus enseñanzas:

¡Qué bien salvan las apariencias! Con justa razón profetizó Isaías de ustedes cuando dijo: *Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me rinden no sirve de nada, las doctrinas que enseñan no son más que mandatos de hombres*» (San Mateo 15:7-9), [y] ¡Serpientes, raza de víboras!, ¿cómo lograrán escapar de la condenación del infierno? (San Mateo 23:33)

¿Qué entonces pide Jesús de nosotros quienes intentamos a seguirlo en lugar de aquellos que etiquetan y rehúyen a los otros? En primer lugar, como saben ustedes, él dice que debemos amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón y que debemos amar a nuestros prójimos, es decir, a cualquiera que necesite nuestra ayuda, como nos amamos a nosotros mismos (San Lucas 10:27). ¿Qué requiere este tipo de amor de nosotros? Debemos perdonar los otros como Cristo nos ha perdonado (Efesios 4:34). En las palabras de Jesús,

Porque si ustedes perdonan a los hombres sus ofensas, también el Padre celestial les perdonará a ustedes. Pero si ustedes no perdonan a los demás,

tampoco el Padre les perdonará a ustedes (San Mateo 6:14-15).

Debemos amar hasta a nuestros enemigos, porque Jesús dice, «Yo les digo a ustedes que me escuchan: amen a sus enemigos (San Lucas 6:27). Además, otra vez en las palabras de Jesús, «No juzguen a los demás y no serán juzgados ustedes. Porque de la misma manera que ustedes juzguen, así serán juzgados, y la misma medida que ustedes usen para los demás, será usada para ustedes» (San Mateo 7:1). En resumen, como San Juan escribió, «. . . ya somos en este mundo como es El» (I John 4:17).

Como saben ustedes, hay las personas que nos juzgan, etiquetan, y rehúyen, pero ¿cómo somos diferentes si las juzgamos y etiquetamos a ellas? Si traeríamos amor, perdón, y paz—el amor, el perdón, y la paz de Cristo—en este mundo, entonces debemos saber y afirmar que nadie es impuro; nadie debe ser expulsado; todos son bienvenidos, todos son incluidos. Jesús quiere curación y plenitud para todos nosotros, y también lo quiere la Iglesia.

Hoy, estamos celebrando uno de los siete sacramentos de la Iglesia, el Sacramento de Unción de los Enfermos. La Iglesia está siguiendo la instrucción encontrado en la carta de Santiago del Nuevo Testamento:

¿Hay entre ustedes alguno desanimado? Que rece. ¿Está alguno alegre? Que cante himnos a Dios. ¿Hay alguno enfermo? Que llame a los [presbíteros, es decir, los sacerdotes] de la Iglesia, que oren por él y lo unjan con aceite en el nombre del Señor. La oración hecha con fe salvará al que no puede levantarse y el Señor hará que se levante; y si ha cometido pecados, se le perdonarán (Santiago 5:14-15).

En los ritos de la Unción de los Enfermos, el sacerdote unge al enfermo en la frente, diciendo, «A través de esta santa unción que el Señor en su amor y misericordia te ayude con la gracia del Espíritu Santo. Amén». También él unge al enfermo en las manos, diciendo, «Que el Señor que te libere del pecado te salve y te levante. Amén.» El “levantamiento» se refiere a sanación espiritual, así como cualquier sanación física que pueda tener lugar.<sup>[1]</sup>

Los candidatos por el sacramento son personas que están experimentado enfermedades graves, que están recibiendo tratamiento para una enfermedad grave, que son programadas para cirugía grave, y/o han experimentado un disminución notable en la salud general debido a una enfermedad crónica o avanzando edad.